
EDITORIAL

De leyenda...

En cumplimiento de un Decreto y una Orden de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía a partir de 1 de Enero del presente año los Centros Provinciales Coordinadores de Bibliotecas han dejado de ser centros de gestión bibliotecaria tutelados por las Diputaciones Provinciales para integrarse "orgánica y funcionalmente" en las Delegaciones de la Consejería de Cultura. Quiere ésto decir que el expolio se ha consumado, porque a estas alturas la medida realmente sólo ha afectado al Centro Coordinador de Málaga, ya que, aunque el de Cádiz sigue por el momento funcionando al amparo de su Diputación, los otros seis: Almería, Córdoba, Granada, Huelva, Jaén y Sevilla lo venían haciendo desde hace ya algún tiempo en dependencia directa de sus respectivas Delegaciones.

Analizando la trascendencia de la medida llevada a cabo por la Consejería de Cultura, sin saber por qué, nos ha venido al recuerdo la leyenda aquella conocida con el nombre de La Campana de Huesca que tanto nos impresionaba en los años escolares por su carga de crueldad. Según cuentan, en el reino de Aragón, allá por el año 1134 hubo necesidad de elevar a la categoría de rey a un buen hombre que vivía retirado de la corte en la tranquilidad de un monasterio. Ramiro se llamaba y la historia lo conoce como Ramiro II el Monje.

Cuando llevaba algún tiempo reinando observó, o le hicieron observar, que había determinados nobles en su reino que venían destacando por su poder, por su importante castillo, por su espíritu levantisco, etc. El rey monje empezó a sentirse inquieto en su trono y, como su talento no daba para más, ni corto ni perezoso envió a un mensajero para que expusiera sus cuitas al fraile que había sido su maestro en el monasterio. Hecho ésto el mensajero observó que por toda respuesta el fraile se encaminó hacia el huerto y, sin pronunciar palabra, se dedicó a cortar cuidadosamente aquellas coles que habían crecido más que las otras, dejando al final el huerto celosamente igualado por lo bajito.

Al contarle su enviado esta escena Ramiro comprendió de inmediato el mensaje que contenía. Todas las luces se encendieron en su regio cerebro y, sin más demora, se dispuso a llevar a la práctica el mudo consejo que le llegaba desde su antiguo monasterio. A tal fin convocó en

Huesca, capital del reino en aquel entonces, a los nobles que con su altivez ofendían sus mediocres sentimientos, anunciándoles que proyectaba hacer una campana tan potente que sus tañidos se oirían en todos sus dominios.

Conforme los nobles citados iban pasando de uno en uno a la estancia en la que, supuestamente, les sería mostrada la célebre campana, un eficaz verdugo, contratado especialmente para realizar tan "destacado" trabajo, se encargaba de separar sus cabezas de sus respectivos cuerpos.

La noticia, como es de imaginar, se propagó rápidamente por todo el reino y aún más allá de sus fronteras, sonando tanto y tan fuerte que la tradición la conoce con el nombre de la Campana de Huesca.

He aquí que ocho siglos después en Al-Andalus, perdón, en la Comunidad Autónoma de Andalucía, la Consejería de Cultura comprobó sobresaltada que en una de sus provincias venía funcionando una red bibliotecaria que destacaba por una cierta eficacia en la calidad del servicio que prestaba a la ciudadanía. De alguna manera su fama había traspasado los límites de la Comunidad convirtiéndose en muchos aspectos en un ejemplo a seguir. Mas, extrañamente, en un momento dado, alguien decide que es preciso tomar cartas en el asunto. Una primera solución fue rápidamente descartada: potenciar los Centros de las otras siete provincias de manera que desarrollaran sus estructuras hasta ponerse a la altura de aquel que sobresalía. Desgraciadamente, una vez más, alguien debió recordar la célebre y triste leyenda de la Campana de Huesca y se impuso como "solución" definitiva segar lo más alto.

Ya está hecho. Desde ahora dejarán de apreciarse las diferencias, pues todos los Centros Provinciales Coordinadores de Bibliotecas, por decreto, deberán estar igual de infradotados y ser rigurosamente igual de inoperantes y carentes de ilusión. No crecer es la consigna. No destacar es el mandato insoslayable so pena de decapitación.

Bajo la siniestra tumba de su macabra leyenda Ramiro II el Monje sentirá legítimo orgullo al ver cómo en la distancia del tiempo y del espacio su tétrico proceder continúa inspirando la conducta de todos aquellos que tiemblan y sienten sudor frío al ver que en su jardín hay una planta que busca ilusionadamente el sol.

Para nosotros una pena y una duda: están, cómo no, identificados el rey y el verdugo; pero, ¿quién ha hecho el papel de fraile consejero?